

Callejón del Gato Somormujos

José Ramón Enríquez

Ortega y Gasset utiliza el verbo “somormujar” en un texto referido a Goya. Verbo cacofónico al que la Real Academia da el extraño sentido de “sumergir, chapuzar”, o en forma transitiva de “bucear”. De hecho no le concede existencia a la palabra sino que refiere el sentido a “somorgujar”, que deriva del mismo “somormujo”.

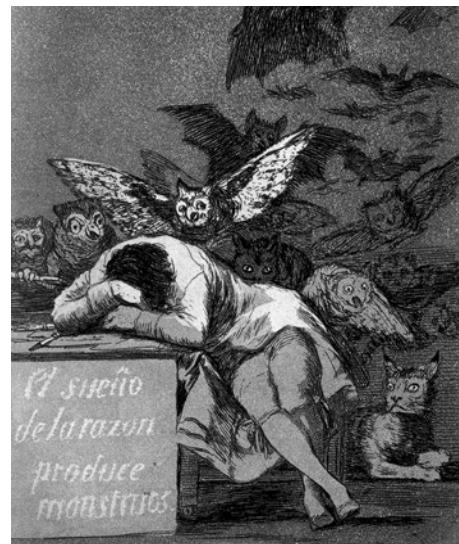
Aunque leída en Ortega, la palabra, que algo tiene del Pájaro Dodo de Lewis Carroll, me golpeó la memoria porque, hace casi cincuenta años y en homenaje a un León Felipe recién muerto, la utilicé mal (por dislexia o ignorancia) en un poema que creía olvidado pero volvió, con mucho de sonrojo, al leer “somormujar”: “pájaros hay absurdos y deformes / faisanes / somormujos / golondrinas sin brújula / hay / pero también existen los pájaros-leones...”.

Hay un fuerte olor a esos cocidos de pobre en mi Callejón del Gato porque, si bien es el mismo por el cual jugó Valle con sus *Luces de bohemia*, también es la olla en la que he echado y seguiré echando a hervir mis pocas luces. He recorrido sin autoridad académica sus adoquines literarios, pero también me he tropezado, muchas veces en estado vergonzoso de ebriedad, con sus adoquines de verdad y en busca de la pensión Mayor donde viví sueños y mentiras sin poder distinguir unos de otros. Así, en esta olla pongo a hervir la imperativa seriedad kantiana de Ortega y Gasset, junto con un Pájaro Dodo mal desplumado, un somormujo que quise ser yo mismo (mal peinado por carecer de espejo) y con la tristeza por la pérdida del profeta-poeta del exilio León Felipe. Todo aderezando y dando enjundia a la pieza principal del cocido: don Francisco de Goya, auténtico creador del esperpento, según el propio Max Estrella.

Ortega entre papeles y fragmentos que, después de su muerte, compilaron y editaron sus herederos de la *Revista de Occidente*, más que intelectualmente interesado en el artista, se muestra deslumbrado ante la contradicción de ese fenómeno que fue Francisco de Goya. Termina por decir: “La verdad es que la obra de Goya no germina nunca en la inteligencia: o es vulgar oficio o es videncia de sonámbulo”. Ortega aceptaba que la pintura de Goya lo irritaba tanto a él como a otros pensadores, pero hablaba de una irritación con “peculiar cariz. Va disparada contra el artista, pero da un culatazo sobre quien la siente”. Hace al espectador, afirma Ortega, “lo que hay de indómito en el arte que le permite somormujar súbitamente en los senos más dramáticos de la vida”.

El filósofo tiene que preguntarse por la España de Goya para entender al pintor. Y, al hacerlo, acabará por encontrar eso que Valle-Inclán termina por plasmar tanto en sus comedias bárbaras como en sus esperpentos. Sobre todo, en sus esperpentos que vuelven teatro la dualidad que Ortega ve como contradicción fundamental de lo goyesco.

Ortega nota que a un primer Goya, castizo, corresponde un teatro que es el sainete de don Ramón de la Cruz, al que desprecia por populachero. Y se pregunta por qué “de 1760 a 1800 ha sido la época en que los españoles han gozado más del teatro”, para responder: “junto al puñado de autores imbéciles que encharcaban la escena, surge una seria interrumpida de actrices geniales y de actores egregiamente dotados. Unas y otros de cuna plebeya”. Hay un segundo Goya, el pintor real que se ha enfrentado con la Ilustración. Trágico encuentro, porque se



Francisco de Goya, *El sueño de la razón produce monstruos*, 1799

ve obligado al imperativo categórico de transitar a lo refinado. Sigo con Ortega: “vivían entonces casi todos los españoles como han vivido siempre, a la buena de Dios, en abandono al cariz de la hora, con una espontaneidad vegetal. Ahora [Goya] encuentra ante sí criaturas para quienes vivir es lo contrario de abandonarse, que entienden la existencia como un constante reobrar sobre sí, frenar lo espontáneo, moldearse en cierta figura ideal de la humanidad”.

Así el somormujo se pierde en los laberintos de una extraña razón que engendra monstruos y, por si fuera poco, sufre de saturnismo (lo envenena el plomo de sus pinturas) y se queda sordo. Ortega se vuelve más cruel: “conviven dentro de él dos hombres antagonistas... el aldeano frente... al impulso hacia lo alto y selecto de que su talento artístico es sólo una manifestación”.

Ortega es un Segismundo que despierta español y eso lo obliga a sufrir pero también a pensar. Y tal vez por pura intuición, más bergsonianiana que hegeliana, entiende que el somormujo de Goya es el esperpento que explica Max a un don Latino tan profundamente de Hispalis como el Compadre Míau de las *Divinas palabras*. **U**